

HELENE FLOOD

LA COMUNIDAD

Traducción de José Arconada e Inger-Lise Ostrem

 Planeta

PRIMERA PARTE

Prometo no estorberte

Me preguntas que cuándo conocí a Jørgen. ¿Te puedes creer que no me acuerdo? Debió de ser en el jardín o en la escalera o en el portal de casa, pero no lo recuerdo. Mi hijo había nacido justo después de la mudanza y había sido prematuro. Eran tantas las consultas en el hospital, tantas las cosas que nos preocupaban... No lo digo por eludir el tema. Es la pura verdad. Sencillamente no me acuerdo.

Pero sí que me viene a la memoria la primera vez que lo vi. Tuvo que ser a principios de julio del año en que nos mudamos. Lo puedo situar con precisión porque fue pocos días después de adquirir el apartamento, una calurosa tarde de verano, cuando Åsmund y yo aún vivíamos en el viejo y ya no pude aguantarme más: tenía que ir a ver la casa donde estaba a punto de empezar nuestra nueva vida.

Ellos estaban sentados en la terraza del jardín cuando llegué. Ya sabes que el camino de la entrada pasa justo al lado. Los miré al cruzar, preparada para saludarlos, pero estaban comiendo en la mesa y ni siquiera me vieron. Eran cinco, y por lo visto buenos amigos. Yo estaba sola. Me encontraba en las últimas semanas del embarazo, con una tripa enorme, y había caminado a paso rápido, así que estaba sudando muchísimo. Además, no los conocía. Me encerré en mi nuevo hogar.

El apartamento estaba vacío. Los anteriores dueños se habían llevado sus cosas, pero habían quedado sus olores. No olía a nosotros, ¿sabes a lo que me refiero? Cuando nos hicimos con el apartamento era como

si hubiésemos comprado también un cierto estilo de vida, un espacio social, algo así. Como si, por alguna razón, fuéramos más distinguidos que antes solo porque éramos los propietarios de esa casa, en esa dirección. Pero ahora que el apartamento se ha vaciado de su elegante mobiliario, ahora que mis pasos resuenan entre las paredes, desnudas y con agujeros de clavos, me asaltan las dudas. No encuentro otra manera de explicarlo: tengo la impresión de haberme disfrazado con unos zapatos demasiado grandes para mí.

En la cocina, me acerqué a la ventana y observé la terraza y a quienes estaban sentados allí. No abrí la ventana aunque hacía calor. No sé. Tal vez no quería importunarlos. Por lo visto habían terminado de cenar. Había algunas botellas de vino en la mesa. Charlaban y yo oía sus voces pese a que las ventanas estaban cerradas; no lo que decían exactamente, pero sí el tono. Fuera el tema que fuese, el debate parecía intenso, si bien el ambiente era bueno. De tanto en tanto rompían a reír, los cinco a coro. Eran tres hombres y dos mujeres. Reconocí a uno de los hombres: era un cineasta que había realizado un polémico documental un par de años atrás. No recuerdo sobre qué..., los refugiados, su integración o algo así. La prensa había escrito mucho sobre ello. También una de las mujeres me sonaba; tenía la impresión de haberla visto en la televisión. Sentados a uno de los lados largos de la mesa había un hombre y una mujer que claramente eran pareja. Él tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de la mujer, y, en una de esas, cuando algo los hizo reír a todos, ella se volvió hacia él sonriéndole y le retiró algo de la mejilla. Luego él movió el brazo y se lo puso en la parte baja de la espalda. La mujer se acercó hacia la mesa para decir algo. Llevaba el pelo largo, de un rojo intenso, recogido en una trenza espesa y bien atada, y al inclinarse hacia delante para hablar la trenza se le deslizó a un lado. Su marido, sentado junto a ella, la tomó con cuidado para recolocarla en su lugar. La mujer se volvió hacia él, consciente de que la tocaba, y siguió hablando sin dejar de sonreírle. Tal vez estaba contando algo que habían vivido juntos.

El hombre me daba la espalda, de modo que no me resultaba fácil verle el rostro, pero cuando miró hacia un lado pude apreciarlo. Era

guapo, con el cabello ondulado tirando a gris. Pómulos prominentes y una sonrisa amplia y seductora que parecía usar a menudo. Le eché cuarenta y pico, quién sabe si ya rozaba los cincuenta.

Era Jørgen. Aquella fue la primera vez que lo vi. Como no parecían advertir mi presencia, me quedé allí y seguí mirándolos: cinco amigos que hablaban de cosas importantes en torno a una mesa durante una noche de verano en un jardín de Kastanjesvingen.

La mujer de la trenza se levantó. Cogió una bandeja vacía de la mesa y se dirigió hacia el camino que lleva al portal de la casa. A mitad de trayecto me vio. Era evidente que yo estaba ahí, de pie, en medio de la ventana. No es que estuviera fingiendo que no los observaba. Me había quedado como fascinada, y no se me ocurrió que tendría que haberme apartado de allí. La mujer se detuvo para mirarme. Alcé la mano en un gesto de saludo.

La mujer no se movió. No me devolvió el saludo. No me sonrió, pero tampoco parecía molesta. Su expresión era casi neutra. Se quedó un instante ahí mirándome, solo un momento, luego siguió su camino. Desde donde estaba la oí abrir la puerta del portal. Me alejé apresuradamente de la ventana, avergonzada por haberlos estado observando con tanto descaro. Lo noté en el estómago: me había comportado de manera inapropiada. Me sentí abochornada.

El primer sábado

Los árboles que me rodean son de hoja caduca, con copas enormes y ramas robustas, muy distintos a los abetos del bosque cercano a la casa donde crecí. Y, sin embargo, sé, a la manera en que saben los que sueñan, que me encuentro en el bosque de mi niñez. Lo conozco bien: sé lo fácil que es desaparecer en su interior. Recorres senderos que conoces. De repente te sales del camino siguiendo el ruido de un ciervo o porque atisbas unos arándanos exuberantes un poco más allá, y, al volver, todo ha cambiado. Mires donde mires, hay árboles oscuros y silenciosos, hileras y más hileras, y ninguno se parece a los que ya conoces.

En el sueño estoy buscando a alguien que ha desaparecido. Al principio no sé de quién se trata. Luego caigo en la cuenta de que son mis hijos. ¡Lukas!, grito, y echo a correr. ¡Emma! Ante mí, el bosque se abre a un calvero. No es grande, como mucho cinco metros hasta que el bosque espeso empieza de nuevo, pero aquí el sol se cuela entre las copas; es un sitio luminoso y cálido, en las laderas crece hierba joven. Me detengo. El lugar es hermoso, pero algo no encaja. Siento un nudo en la garganta y me cuesta respirar. Algo espantoso ha sucedido.

En el salón hace frío por las mañanas. Cierro a mis espaldas la puerta del dormitorio con sigilo: no quiero despertar a los demás. En la luz sin relieves de la mañana, el salón me resulta desconocido. Tal vez mi cuerpo aún esté sumido en la pesadilla, porque los muebles parecen

enormes y severos. Los estantes parecen cerrados y la mesita del café, desacostumbradamente pulcra. Mis pies absorben el frío del suelo. Junto a la entrada encuentro mis zapatillas. Me las calzo y voy a la cocina.

También aquí me sorprende la pulcritud. Anoche Åsmund y yo compartimos una botella de vino mientras veíamos una película bastante mala, aunque quién sabe si luego mejoró algo. Me entró sueño y me fui a la cama a media película. Åsmund debió de limpiar cuando acabó. La luz roja del lavavajillas me dice que el programa ha terminado, de modo que, por una vez, se acordaría de ponerlo en marcha antes de acostarse.

Me apoyo en la encimera de la cocina. Este espacio es el principal argumento en la venta de nuestro apartamento. Fue aquí donde se tomó la fotografía que ocupaba por entero la primera página del folleto que nos mostraron en nuestra primera visita. La cocina es grande y luminosa, y mientras que el resto de las ventanas dan o bien a un muro lleno de vegetación que se levanta detrás de la casa, o bien al edificio de al lado, las de la cocina se asoman al jardín. Para aprovechar más la luz, el arquitecto que diseñó el edificio allá por los años cincuenta hizo de esta pared una larga sucesión de ventanas. Hemos colocado la mesa de la cocina justo delante, de modo que, cuando nos sentamos ahí, podemos ver el pequeño jardín entero: la terraza con sus muebles de exterior, el añoso manzano, la hilera de buzones y la valla de listones blancos. Más allá se extiende Kastanjesvingen, la calle sin salida que termina en una rotonda a unos cuarenta metros de nuestra puerta. Al otro lado de la calle hay casas unifamiliares; algunas de ellas datan de la década de los cincuenta, como nuestro edificio de cuatro apartamentos, pero otras son más recientes. Y más allá de esas casas se alza Bakkehaugen, la colina que nos separa del centro de la ciudad. Y, aunque no pueda verla desde las ventanas de la cocina, saber que la ciudad está justo ahí detrás me produce una cálida sensación de hogar. Pensar que vivimos así, en una apacible calle cerrada, pero con la ciudad tan a mano que casi se puede tocar.

Me siento. Estoy en silencio, a la escucha. ¿Hay alguien despierto

ahí arriba? ¿Se mueve? ¿Los ruidos que oigo provienen de él? Es demasiado pronto, eso sí que lo sé. Puede que sea yo la única que no duerme en toda la casa. Con todo, el silencio no es total. Las paredes no están bien aisladas; se oyen incluso vientos moderados, las ramas del castaño cuando chocan contra la ventana del salón, el crujido de los tablones cuando algún vecino camina.

Todavía tengo sueño y me desperezo. Anoche me dormí profundamente. No he oído a Lukas subirse a nuestra cama. Me he despertado a oscuras y asustada por la pesadilla; al abrir los ojos, he visto su cabello revuelto, su manita cerca de la mía, los deditos con mugre bajo las uñas y una tirita verde que le cubría una herida invisible en el dedo índice. He sentido un alivio enorme después del sueño. Allí estaba él. Todo estaba bien. Le he revuelto el pelo. ¿A qué hora habrá entrado en la habitación?

Al otro lado de la calle veo a Rikard Hoffmo salir de su casa marrón. Se detiene en los escalones de la entrada y mira a su alrededor como un terrateniente que vigila sus dominios. Tiene los brazos en jarras, las manos a cada lado de su voluminosa barriga. Se estira, lleva las caderas a un lado y luego al otro; la barriga le cuelga y se balancea por encima de la cintura. Se prepara para salir a correr, pues él es así: ya ha cumplido los setenta y va a correr dos veces por semana, haga el tiempo que haga. Su conjunto deportivo azul, con una tira blanca en cada pierna, es un superviviente de los años setenta, lo que le confiere un aspecto si cabe aún más cómico. Pero Hoffmo tiene algo, una especie de autoridad natural, que te quita las ganas de encontrarlo risible. Nos llevamos bien, él y yo.

«¿Has salido a correr últimamente?! —me suele gritar desde su cerca cuando me ve—. Ya sabes que el movimiento es bueno para el cerebro, Prytz. *Mens sana in corpore sano.*»

Nos llamamos por el apellido a modo de broma. Ahora se dobla hacia delante. Toca el suelo. Es ágil para un hombre de su edad y corpulencia. Vuelve a erguirse, hace un estiramiento y ya está listo para correr. Levanto la mano para saludarlo desde la ventana, pero no me ve.

Oigo pisadas de niño antes de que Lukas entre en la cocina, con esos piecitos veloces que golpean en el suelo. Se agarra a mí y se me sube al regazo. Me apoya la cabeza en el hombro y cierra los ojos. Sería perfectamente capaz de quedarse allí dormido; es capaz de dormir donde sea. Una parte de mí quisiera que lo hiciera y pasar el tiempo así, sentada en paz con el niño adormilado encima.

—Lukas —le digo—, ¿esta noche has entrado tú solito a nuestro cuarto?

Abre los ojos y me mira.

—Sí.

Pero no es una afirmación, sino más bien una pregunta. ¿Sí? ¿Yo hice eso?

—Es que no te he oído entrar —le comento.

No considera que esto merezca respuesta. Apoya de nuevo la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Respiro hondo, atenta a señales de vida en el apartamento de arriba. Lukas abre de nuevo los ojos.

—Mami, ¿podemos buscar mi tiranosaurio grande?

Me levanto y veo a Hoffmo correr con pasos cortos y ligeros por el camino de acceso a su garaje. Se apoya en el portón y me ve. Alza la mano para saludarme y le devuelvo el saludo con un gesto militar en honor a su hazaña deportiva, lo que le produce una risa que sacude en oleadas su voluminosa humanidad.

Después de desayunar, hacemos las camas y nos preparamos para un día que se presenta de lo más ajetreado. Ya hace tiempo que lo hemos planificado todo. Ahora solo falta poner los planes en marcha. Así serán nuestros fines de semana hasta diciembre. A veces pienso que somos hámsteres en una rueda, de camino a una cita para luego acudir a la siguiente, en una cuesta arriba que no termina jamás. Hace algunos años fantaseaba con la idea de poner la casa en alquiler, retirar nuestros ahorros del banco y comprar cuatro billetes para volar a Vietnam. Vivir allí de un hotelito que tendríamos junto a la playa. Vivir en el ahora. Disponer de tiempo para nosotros, para los niños. Ver los días pasar. No vivir contra reloj, cumpliendo tareas y terminándolo todo antes de desplomarnos en la cama para recuperar fuerzas y empezar de nuevo al día siguiente. No. Yo quiero vivir. De verdad. Una vida auténtica, en contacto con la naturaleza. Hoy ya no pienso así. En la playa de Vietnam habrían pasado otras cosas: nos habría preocupado la rentabilidad del hotel; a los huéspedes les habría molestado esto o aquello; habríamos sufrido inundaciones y temporadas de sequía; las tuberías estarían deterioradas por los años y resultaría demasiado caro reemplazarlas. Y así sucesivamente.

Åsmund rescata una camiseta de entre la ropa que se amontona en un rincón. Mientras hago la cama le hablo de mi sueño, aunque ya no logro recordar los detalles: estaba buscando algo y tenía miedo.

—Debo de haber dormido profundamente —le digo—, porque Lukas entró en el cuarto y se acostó entre los dos sin que me despertara.

—Tenemos que quitarle esa costumbre —comenta Åsmund mientras se ajusta el reloj a la muñeca—. Ya es lo bastante mayor como para dormir solo.

—Solo tiene cuatro años —replico.

—A los cuatro años Emma dormía toda la noche en su cama —señala Åsmund—. Y eso de dormir de día..., de verdad que eso tiene que acabar, Rikke. Ya es muy mayor para necesitar una siesta por las mañanas.

—Claro —contesto sin ganas de seguir discutiendo.

Lukas es mi niño de la suerte. Nació dos meses antes de tiempo. Estábamos mudándonos al apartamento cuando llegó. Yo estaba sacando tazas y abriendo cajas cuando un dolor muy agudo se me extendió por el estómago y la espalda. No sé dónde estaba Åsmund, probablemente trayendo muebles nuevos. Emma se hallaba en casa de la abuela. Yo me encontraba delante de los armarios vacíos de la cocina y pensé: ¿Me habré pasado? ¿Habré hecho demasiados esfuerzos? ¿Debería sentarme un rato?

Llegué al hospital ya casi de parto. Llamé a Åsmund mientras esperaba al taxi. Se precipitó al coche y llegó al hospital justo a tiempo. Se llevaron al niño en cuanto nació: tenían que hacerle pruebas, medirlo, pesarlo. El tiempo era oro y algo de información debió de perderse en medio de aquel frenesí, o puede que me extraviara en las brumas del parto, porque no entendía la situación, porque no sabía cómo estaba el niño. ¿Estaba vivo o no? Solo sabía que se lo habían llevado. Me volví hacia Åsmund:

—¿Hemos vuelto a ser padres?

Åsmund estaba llorando, pues él es así, no lo puede evitar, se le saltan las lágrimas en bodas y bautizos. Entró una doctora, ceño fruncido y labios apretados, y yo al verla así pensé: El niño ha muerto. Sentí el miedo primero como un golpe en el estómago, pero luego se extendió por los brazos y las piernas, se apoderó de todo mi cuerpo. Ni la doctora ni Åsmund se dieron cuenta, pero en los segundos que pasaron antes de que nos dijera que todo estaba bien, que el niño era pequeño pero fuerte, que habría que hacer un montón de pruebas, que tal vez resulta-

se necesario realizar un seguimiento en el hospital, pero que todo saldría bien..., durante esos segundos estuve segura de que lo había perdido. Era mi realidad. Y luego, al caer en la cuenta de que no lo había perdido, probablemente, mi alivio fue tan grande que todo lo demás, el riesgo de asma y de TDAH, o los posibles problemas pulmonares, no me preocupó lo más mínimo. He vuelto a ese momento una y otra vez. Aún lo hago. Mi niño de la suerte. De una forma u otra es un premio. Lo había perdido. Lo recuperé.

—Ya estoy —dice Åsmund.

Va vestido de ciclista, conjunto negro con rayas amarillas. Mientras yo llevo a Emma al teatro del colegio, y desde ahí iré a un café donde he quedado con mi hermana, él se llevará a Lukas de paseo a Bærum para que vea a amigos. Claro, va con la bici eléctrica, pero vestido como si fuese a correr un maratón. Ha engordado algo en estos últimos años. No tiene nada de extraño, estas cosas pasan. Sus amigos también han cogido peso. Algo les ha ocurrido mediada la treintena. Algo que ha dejado huellas físicas.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—¿Qué pasa de qué?

—¿Qué me miras?

Sonrío.

—Tu atuendo —le contesto.

—Ya. Eso. ¿Me aprieta? ¿Me queda muy justo?

—No, para nada. Se ve muy profesional.

Me hace un guiño.

—El Tour de Tåsen, cariño —dice mientras va al salón.

Lo oigo alzar a Lukas en alto y soltar un rugido. Lukas se ríe. La culpa me raja el estómago, rápida y dolorosa. Allá va. El padre de mis hijos, el hombre al que prometí amar y honrar. Terminó de hacer la cama y recojo la ropa sucia del suelo. Arriba el silencio sigue siendo total.

—De todas formas —le dice la madre de Lea a la de Saga—, a mí toda esta historia me resulta de lo más desagradable.

—¡Uf! —responde la madre de Saga con una mueca.

Yo estoy de pie, apoyada en una columna cerca del telón, escuchándolas mientras observo el escenario. En este momento está vacío. Los actores, si se les puede llamar así, van de la primera fila a los bastidores, donde dos madres encargadas del vestuario les toman medidas. Hace un rato he estado allí, pensando que podría ver a Emma, pero me la he encontrado con un grupo de amigas y no me ha hecho caso. Han llamado a una de ellas para tomarle las medidas, y una de las madres que se ocupan del vestuario, armada con una cinta de medir y alfileres, le ha dicho: «A ver, ¿qué talla tienes?». La niña se ha sonrojado y balbucido algo. Emma y sus otras dos amigas se reían. He mirado a mi hija; es alta y delgada, sin el menor indicio que apunte a formas de mujer adulta. Son así, aún niñas, pero aquella a la que le tomaban las medidas ya tiene pecho y cintura. Me he ido. Allí no pintaba nada.

Las madres que están a mi lado forman parte del equipo que organiza el programa. Todavía no las conozco bien. Saga es una de las nuevas amigas de Emma, y sé que su madre es periodista en uno de los periódicos más importantes. A veces veo su foto en algún artículo. No hace mucho escribió uno sobre la presión que hay en lo referente al aspecto físico y lo rápido que crecen las chicas hoy en día. La madre de Lea se dedica a sus labores, por elección propia, dicen, pues por lo visto tiene un máster de una prestigiosa universidad inglesa. Cuando empezó el curso, en agosto, su marido y ella invitaron a su casa a todas las

chicas de la clase. Viven en un caserón en lo alto de Tåsen. Fui a recoger a Emma con la intención de no dejarme impresionar por las dimensiones de la casa ni por el exquisito jardín que adorna la parte delantera.

—Por lo que he oído, el pobre gato estaba vuelto del revés —dice el ama de casa con un máster—. Las tripas desparramadas, y el resto, piel y huesos, me imagino, colgando del portón de hierro forjado.

—Es espantoso —contesta la otra.

—El pobre chico que lo encontró es muy joven. Diez, once años, creo. Y las pobres gemelas, las dueñas del gato, están destrozadas. Están en la misma clase que mi pequeña, y su madre ha dicho que han tenido que quedarse en casa un par de días. Ya sabes cómo se encariñan con los animales a esa edad. Una cosa es que desaparezcan, pero que los maten así...

—Pobres crías —dice la madre de Saga.

Apoyo la cabeza en la columna y me digo: no me voy a meter. Me quedo fuera.

En el escenario, los jóvenes actores están vestidos y listos para empezar. Emma y sus amigas forman un corro a la derecha, y en un sofá en medio de la escena están sentados el chico de cuarto de secundaria que interpreta a Mack el Navaja y dos chicos más que hacen de coprotagonistas. El director les habla desde su asiento en primera fila para explicarles lo que quiere que hagan. Las chicas no le hacen caso. Emma dice algo que no oigo porque estoy demasiado lejos. Las cuatro chicas que la acompañan se ríen al unísono. Sus risas tienen algo de afectado, me parece. Es como si reaccionaran a una señal, sin importarles que fuera o no algo gracioso.

—Y ya sabes —dice el ama de casa— que tampoco es la primera vez.

—No lo es, no, ahí está la cosa —afirma la madre de Saga—. Mira los de esta primavera.

—Así es —contesta el ama de casa—. Primero el que encontraron en el parque Godal, y luego apareció otro en un jardín de la parte baja de Tåsen. ¿Te acuerdas? Lo habían colgado de un árbol, con nudo corredizo y todo, como en una horca. Suerte que lo descubrió un adulto.

—Sí. Eso es —conviene la madre de Saga—. Puede afectar muchísimo a los niños.

—Pueden quedar traumatizados —dice la madre ama de casa.

Se callan un momento, como degustando la gravedad del asunto, dándole espacio a la inquietud.

Desde su asiento en primera fila, el director ha terminado de hablar con los chicos. No se acerca a las chicas, solo les habla a voces:

—Y acordaos de estar atentos en todo momento, ¿vale?

Es muy joven, alto y delgado, con abundante cabello castaño, y lleva gruesas gafas de montura de carey, de las que lucen los veinteañeros cuando quieren demostrar que son creativos.

Lo contrataron antes del verano. Cuando se presentó ante la asamblea de padres y docentes dijo llamarse Gard; que se había graduado hacía poco y que quería trabajar con adolescentes porque es en ese momento de la vida cuando más abierto se está a los impulsos. Quería introducirlos en la literatura universal. La primera obra de teatro sería *La ópera de dos centavos*, de Bertolt Brecht. No se le podía acusar de falta de ambición. Los alumnos podían apuntarse a teatro como asignatura optativa, pero había logrado despertar su interés, y los profesores de alemán, noruego y música le habían cedido algunas horas de curso para dedicarlas a los ensayos. Aquel arreglo había acelerado la captación de actores, y Emma, que al principio no se había mostrado interesada, se apuntó al entender que podría estar en escena en lugar de estar conjugando verbos en alemán.

—¿Estáis listos? —les grita a los que están en el escenario mientras se pasa la mano por el espeso cabello—. Bien, se supone que esta parte lleva música, pero como hoy no está Merete, lo haremos sin ella. Aseguraos solo de marcar el ritmo. Una, dos y ta-ta-ta-tam.

Tiene una voz grave impresionante, a pesar de su aspecto frágil. Pero su tarareo no se parece en nada a los acordes profundos y sugere de Merete con el piano que deben acompañar la escena.

El ama de casa pregunta:

—¿No ha venido Merete?

—Por lo visto se ha ido de acampada con Filippa —responde la madre de Saga—. Además, ya sabes que Jørgen no está muy metido en lo del teatro.

—De acampada —repite el ama de casa alzando una ceja—. ¿Cuándo es el preestreno?

«Como si los demás no prefiriéramos dedicar los sábados a otras cosas —dice la ceja—. ¿De verdad queremos estar aquí, nosotras, en este gimnasio que aún huele a sudor, por mucho que se hayan cubierto las paredes con los telones de la escena? ¿No tenemos chalés que cerrar para el verano o abrir para el invierno? ¿No tenemos jardines que rastrillar, casas que cuidar, esquís que preparar a tiempo antes de que empiece la temporada?»

Yo no digo nada. Emma regresará con Saga después del ensayo porque he quedado con mi hermana en un café. Me escabulliré dentro de una hora. Más no puedo dar.

En primera fila está sentada Nina Sparre, vicedirectora del colegio y nuestra vecina de rellano.

Veó su cabeza, con el cabello muy corto, subir y bajar en movimientos rápidos, como si tuviera un resorte en lugar del cuello. ¿Qué estará haciendo aquí?, me pregunto. ¿Por qué dedica los sábados a esto? Puede que haya venido en representación de las autoridades del colegio. A principios de otoño hubo una cierta polémica en torno a la producción. Algunos padres consideraban que Brecht había metido demasiadas prostitutas en la obra, lo que provocó un acalorado intercambio de correos electrónicos. El colegio lo resolvió haciendo algún que otro cambio en el texto, y ahora las prostitutas son bailarinas. Aun así, puede que la dirección prefiera pecar por exceso de precaución y delegue en Nina el poner remedio a nuevas manifestaciones de descontento. La veo estirar su cuello de pajarito y, aunque solo distingo su nuca, me la puedo imaginar inspeccionándolo todo, mirando a diestra y siniestra como si su pundonor le prohibiera perderse detalle alguno.

—Ay, sigo pensando en esos gatos —dice la madre de Saga. Me mira y pregunta—: ¿No fue en tu calle donde encontraron uno de ellos, Rikke?

—No —respondo apresuradamente—. Fue en el callejón Hauge. Un buen trecho más allá.

La madre de Saga asiente con un gesto. El ama de casa me dirige una mirada cargada de dudas. En mi opinión, el vecindario se ha to-

mado estos sucesos —gatos que desaparecen o que aparecen muertos— un poco demasiado en serio. Claro que son cosas que ponen los pelos de punta, y entiendo que afecten, pero este pánico colectivo es desproporcionado. Se sueltan palabras rimbombantes como maldad, traumático, criminal. Hubo una persona que hasta llamó a la policía.

—Y ya sabes —continúa el ama de casa—, esto puede pasar en cualquier lugar de Tåsen. Cuando alguien así, un psicópata, hace esas cosas, nadie en el barrio está a salvo.

Ambas muestran en el rostro profundas arrugas de preocupación.

—¿Qué se le pasa por la cabeza a una persona que hace esas cosas? —pregunta la madre de Saga quedamente.

No me puedo contener:

—¿No estamos exagerando un poco? —Las dos me miran—. Es natural que la gente se alarme cuando ocurren estas cosas cerca —digo—, pero con tanto revuelo lo vemos todo desde una perspectiva más negativa.

—El animal fue torturado —indica el ama de casa un poco a la defensiva—. Y, según la policía, ningún gato se cae así encima de un portón de hierro.

—Estoy segura de que ha sido horroroso —añado—, pero creo que eso que has dicho, eso del papel del mal en todo esto, es una exageración. A mí no me extrañaría que hubieran sido solo unos chavales que se encontraron un gato muerto y decidieron divertirse un poco.

Trato de decir esto último con un toque de humor, como queriendo quitarle hierro al asunto, pero me doy cuenta de que me he pasado. Demasiado brusca, demasiado arrogante. Estoy descalificando lo que dicen, ignorando sus miedos. Pero tengo razón. Al menos creo que la tengo. Solo que las palabras no me salen bien, me hago un lío. Me miran. Esto será recordado. Cojo aire, preparándome para añadir otra cosa, pero antes de poder hacerlo aparece un padre con tejanos descoloridos y una pistola de pegamento al cinto.

—Han llegado las pizzas —anuncia.

El ama de casa se cuelga el bolso del hombro y se va detrás de él. Lleva los pantalones de yoga pegados al cuerpo. Es toda piel y huesos.

Al final resulta que mi hermana, por desgracia, no puede acudir a nuestra cita. Me apoyo en la columna mientras leo su mensaje de texto. Ha ocurrido algo verdaderamente importante, escribe, y no tiene más remedio que ocuparse de ello. Justo a mi lado está la madre de Saga, también ella sumergida en su teléfono. Hemos quedado en que Emma volverá a casa acompañada de Saga al acabar el ensayo. A Åsmund y Lukas les quedan aún unas horas para estar de vuelta. Tendré la casa para mí sola.

Y Jørgen está solo arriba. Me escribió ayer por la mañana para decirme que Merete y Filippa estarían fuera hasta el domingo, y que él pasaría todo el fin de semana en casa, escribiendo. Insinuaba una invitación que decidí pasar por alto. «Buena suerte con la escritura», le respondí, dejándolo correr.

En el escenario, Peachum está moviendo hilos para hacer que arresten a Mack. El director de las gafas con montura de carey ha comentado los dilemas morales de la obra. Le he visto hacerlo en más de un ensayo:

—Mack comete verdaderas atrocidades sin que nadie reaccione, pero cuando seduce a Polly, hija de Peachum, algo que, dicho sea de paso, es legal, Peachum opina que Mack debe morir. ¿Podemos comprender la ira de Peachum, siendo Mack quien es? —pregunta el director retóricamente—. ¿O no será que en realidad Peachum se convierte en el villano cuando denuncia a Mack y, al hacerlo, lo condena a muerte?

Los jóvenes actores no tienen nada que opinar al respecto; les preocupa más su vestuario y quién le va a meter mano a quién en escena.

Las chicas se han sentado en las butacas para el público. Emma se arregla el cabello con unos gestos rápidos a los que, es obvio, está acostumbrada. Hay algo adulto en ello, algo femenino. Tiene el cabello claro, como yo. La gente suele decir que nos parecemos. Veo que vuelve la cabeza mirando hacia el fondo. Quizá me esté buscando, porque su mirada se demora en la columna en la que me apoyo y se encuentra con la mía. Le sonrío. Algo se ha movido en su cara como si reconociera discretamente que me ha visto. Vuelve a contemplar a escena y ya solo distingo su cuello, sólido y fuerte, y su moño de cabello rubio.

—¡No soy un delincuente! —dice Peachum en escena. Ha puesto en la voz un tono aflautado y desagradable que me pone la piel de gallina—. Soy solo un pobre diablo.

Es la escena en que justifica su denuncia y que permite al chico que lo interpreta demostrar sus dotes de actor. Hay movimiento en la segunda fila. Emma y una de sus amigas se ríen. Peachum se vuelve con rapidez hacia ellas, tal vez piensa que se ríen de él. El director corta la escena.

—Vaya. Empieza otro *round* —me comenta la madre de Saga con un suspiro.

—Sí. Tiene toda la pinta —respondo esperando que este intercambio signifique que la cordialidad entre nosotras ha quedado restaurada.

Estoy pensando: No escribiré a Jørgen. Claro que no. No, voy a aprovechar estas horas que me han quedado libres y las voy a usar para mí. Para salir a caminar, o leer un libro. Ya tengo ganas de ello. Me apoyo en una pierna y luego en la otra. ¿Podré marcharme ya o será muy pronto? ¿Cómo se vería si me fuera ahora?

—Bueno —dice el director—, ahora viene cuando canta Filippa, pero, como no está por eso de la acampada y tal, no trabajaremos esta escena ahora.

Hay un debate en el escenario. Nina Sparre se acerca al director, que asiente sin mucho convencimiento a lo que le comienza a decir. Peachum está mirando hacia la sala y sonrío a alguien que está detrás de mí, creo; al volverme, veo a Simen Sparre haciendo gestos hacia el escenario.

—Hola —le digo. Simen me mira, me sonríe amable y me devuelve el saludo—.  De vuelta al lugar del crimen? —le pregunto.

El año anterior termin  en Bakkehaugen y ahora está haciendo bachillerato en un colegio del centro.

—Estoy echando una mano con la producción —responde—. Luz, sonido y eso.

Es un chico muy guapo, aunque todavía no ha alcanzado todo su potencial, y puede que no sea el chico más popular del colegio. Lleva unos pantalones color caqui algo raros, y se ha afeitado de forma desigual alrededor de los granos. Pero es flor tardía. De aquí a un par de años las chicas se lo rifar n.

— Qu  bien! Y así ayudas a Nina,  no?

Contesta un poco a la defensiva mientras contempla la escena:

—Me pagan por ello.

Permanecemos uno o dos minutos de pie el uno junto al otro sin decir palabra, observando el escenario. Es posible que Simen est  pensando en la iluminación o a la espera de que se le encargue alguna tarea. A pie de escenario, su madre sigue con la intensa conversación con el paciente director, pero Simen no la mira a ella, es como si no la conociera. Cuando los veo juntos en el jardín, en la escalera o en la calle, él suele estar callado, ahora que lo pienso, mientras que a su madre le encanta charlar. Su padre lleva una agencia de empleo temporal, si lo tengo bien entendido. Gana un montón de dinero, habla a voces y es grandullón; a veces suelta cosas fuera de lugar con el pretexto de ser «comunicativo» y es bastante dado a decir «las cosas como son». Simen tiene diecisiete años y es, tal vez por oposición a su padre, de una cortesía exquisita.

Cuando a Nina no le queda nada por decir y el director les grita algo a los que est n en escena, Simen se mete las manos en los bolsillos y se despide antes de cruzar la sala. Peachum lo sigue con la mirada cuando desaparece detrás de la cortina que cubre la salida. Dejo pasar medio minuto antes de recoger mi chaqueta y acercarme a la madre de Saga:

—Me tengo que marchar —digo—.  Puedes mandar a Emma a casa a eso de las seis, por favor?